

Mentiras

Carla Agrazar



Capítulo 1

Vengo de una larga lista de mentirosos optimistas. Mi abuelo fue el mejor mentiroso de todos.

Él vino al sur en busca de tierra libre y creo que no se puede culparlo por ser un mentiroso porque él fue el primero en creer la mentira.

¡Tierra disponible! ¡Ven y tómalala!

Los carteles les dijeron a los ciudadanos sobre su oportunidad de pagar poco por tierras y cultivarlas. Con el fin de obtener 100 has de un campo propio, todo lo que tenía que ser era un haber hecho el servicio militar por 2 años, no uno, y tener 25 años de edad, o menos.

Para que la tierra fuera suya, todo lo que tenía que hacer era pagar una tarifa de \$ 10.000, luego pagos mensuales de \$ 8.000 cada dos meses durante tres años y por supuesto, residir en su nueva granja en el sur durante al menos cinco años. Y voilá: la tierra sería tuya, casi gratis.

La mentira de la tierra libre. Oh, él nunca pagó un centavo por eso, eso era cierto. No sabemos cómo hizo. Pero le costó dos esposas y su hijo primogénito.

Su primera esposa murió teniendo a su único bebé demasiado lejos del hospital en medio de una ventisca de invierno. Ese bebé sería mi tío Edu; metió la cola y corrió lo más rápido que pudo, de lo que él llama trabajo duro y miseria, ni siquiera terminó la escuela secundaria.

Él simplemente se levantó y se fue un día, "¿Por qué la combinación no está a medio hacer?", mi abuelo había dicho incrédulo cuando leyó la nota de Edu.

Su segunda esposa, mi abuela, murió de un golpe de calor un día, mientras abultaban bolsas de maíz en el "glorioso sol de la pradera".

Aunque mi abuelo siempre fue optimista, supongo que fue por años de creer en sus propias mentiras. "El próximo año será mejor que éste, a favor debo decir".

Lo dijo cuando el fondo abandonó la industria ganadera. Y nos quedamos pidiendo prestado dinero para alimentar ganado que no valía lo suficiente

como para venderlo, incluso si podíamos encontrar a alguien que los comprara.

La alimentación también fue alta, con dos años en la peor sequía desde los treinta años.

"El próximo año", dijo mi abuelo, "por qué el próximo año tendremos tanta lluvia que tendremos que construirnos un arca".

Además de ser un optimista, mi abuelo se creía un humorista conversacional y creo que no pudimos dejar de creerle.

No lo culpo por eso porque siempre lo obligamos a reír. "Los precios del ganado también subirán, creo", añadió mintiendo entre dientes.

De todos modos, recuerdo esto una vez cuando supe que mi abuelo estaba diciendo la verdad. Estábamos sentados en la entrada, mi abuelo, mi padre y yo, poco después de que mi madre se había ido. "Simplemente estoy harto del trabajo duro y la pobreza", le dijo a mi padre con los dientes apretados.

A mí me dijo: "Puedes venir conmigo si quieres pero no me quedaré en este lugar ni un minuto más". Se fue en la única camioneta en el lugar que funcionaba medio decente.

"Volverá", me dijo mi padre, no te preocupes hijo, "volverá".

Pero sabía que la única forma en que volvería sería si la Ford no llegaba tan lejos, como ella quería ir.

Una parte de mí oró para que llegara a la ciudad y una parte de mí oró para que ella se derrumbara anímicamente y tuviera que regresar.

De todos modos, estábamos sentados allí en el escalón de la entrada y mi abuelo me dijo: "Miren a esos hijos del cielo".

Las estrellas eran del tamaño de platos de tarta y el hombre estaba centelleando, algunos de ellos estaban tan cerca que parecía que podría acercarse y tocarlos. "Nunca verás estrellas así en el medio de la ciudad. ¡Nunca! "

Y para enfatizar, escupió al suelo cuando lo dijo.

Tampoco... eso fue cierto. *Nunca.*

